

tamente como ha ocurrido a Jesucristo. La cruz ha sido la consecuencia de sus elecciones.

Montfort amonesta que “llevar su cruz” como un conjunto de mortificaciones, en el cuerpo y en el espíritu, no es algo negativo, sino más bien, como condición para dejar espacio a la Sabiduría: “Deja todo, y encontrando a Cristo, la Sabiduría encarnada, encontrarás todo” (n. 202). El médium que es el mismo Jesucristo. Aceptando las incomprendimientos, las contradicciones, los sufrimientos, los desapegos, la cruz... demuestras haber hecho la misma elección que Jesucristo, de hacerte conforme a Él, de vivir en comunión con Él, que es la misma Sabiduría. Vive por tanto de Él y serás poseído por la Sabiduría.

### **Un cuarto medio especial: María.**

“He aquí el mayor medio, el más maravilloso de los secretos para poseer y conservar la divina sabiduría: una tierna y verdadera devoción a la Santísima Virgen”. Es naturalmente para ir a Jesús, El sólo es la Sabiduría; es para llevar la propia luz cada día, sólo así se vive la Sabiduría; es para ser obediente al Padre, por medio del Hijo, en el Espíritu Santo, y así rendir gloria a Dios solo, el fin último de nuestro vivir, obrar y ser. Mas es por medio de María, con ella y en ella, que podemos más fácilmente obtener todo eso. En este sentido Montfort presenta la devoción como un maravilloso secreto.

### **7. Una primicia del Tratado**

En esta última parte del Amor de la Sabiduría eterna, el autor ofrece en primicia una síntesis de la doctrina mariana que desarrollará después en el Tratado de la Verdadera devoción a María. Es un tratado breve pero que contiene todos los elementos de la construcción, que comprende los aspectos doctrinales, ascéticos y pastorales del itinerario que conduce a Jesucristo por medio de María. De los fundamentos teológicos, se desarrollan las consideraciones espirituales para llegar a las propuestas devocionales, principalmente a la práctica de la total consagración de sí mismo a Jesús por las manos de María.

Los paralelismos con el Tratado son por lo tanto fáciles de individualizar. Además en el texto de que se dispone viene coherentemente conservada la perspectiva sapiencial, que por el contrario falta en el Tratado. Y, viceversa, no tenemos la relación entre consagración a Jesús por María y la renuncia a Satanás de las promesas bautismales, si no se tiene en cuenta el acto de consagración, puesto al final del Amor de la Sabiduría eterna, que aparece como que debía ser considerado un texto aparte.

He aquí la apertura de la sinfonía, motivo en fin que se repite: “Jamás ha habido nadie, a excepción de María, que haya encontrado gracia delante de Dios para sí mismo y para todo el género humano; que haya tenido el poder de encarnar y hacer nacer a la Sabiduría eterna y que, todavía hoy, por medio de la cooperación del Espíritu Santo, pueda encarnarlo, en los fieles”. (n. 203). El punto de partida es una mirada a la historia de la salvación. Dios ha querido servirse de María, y sólo de ella, para encarnar la Sabiduría. María “es la madre dignísima de la Sabiduría; Jesús “es el fruto y obra de María”. Después,

el paso al tiempo de la Iglesia, nuestro tiempo. “Por lo tanto el que quiera poner aquel fruto maravilloso en el corazón, debe poner el árbol que lo produce. ¡Quien quiera tener a Jesús debe tener a María!” (n. 204). Son las típicas afirmaciones montfortianas, fundamentales. Montfort es casi nervioso en el estilo; no tiene tiempo para extenderse en exposiciones largas o escolásticas.

María es también la “señora de la Sabiduría” en el sentido que Jesús ha querido depender de ella y le ha dado un poder sobre sí mismo, sea en la tierra como ahora en el cielo, Es aún María la que da a Jesús y lo produce en las almas. Esto ocurre por voluntad de Dios: si de hecho el Padre ha dado a María su propio Hijo es porque quiere que nosotros lo recibamos de ella (n. 207). Y María deseará por encima de todo comunicar la Sabiduría encarnada. Más bien ella es el “lugar” en que la Sabiduría habita plenamente, es el mundo de Dios, su paraíso. Debe ocurrir una fusión entre nuestro “lugar”, nuestra casa y María. “Si hacemos entrar a María en nuestra casa... a ella la Sabiduría eterna vendrá a habitar como en el palacio más glorioso” (n. 211). Somos pecadores, llenos de pasiones, indignos; María, por el contrario es como un imán, que atrae la Sabiduría; si llegamos a tener a María en nosotros, tendremos la Sabiduría divina. Y la tendremos de modo “seguro”, “fácil”, “breve” y “santo”.

Montfort enuncia entonces en qué consiste una auténtica devoción a María después de haber dicho que hay devociones “falsas”, esto es, desviadas, y además insuficientes. Una buena devoción debe ser “interior” para que convierta el corazón en profundidad; “afectuosa” porque implica a todo nuestro ser, la racionalidad y el sentimiento; “perseverante”, se comprende; y “santa” recordando que Dios es Dios y que nosotros somos nada.

Hay formas de devoción que ayudan a vivir estas actitudes del alma, son formas válidas, expuestas y explicadas en tantos libros. “Pero la más perfecta, la más útil de todas las devociones a la Santísima Virgen es aquella que consiste en consagrarse totalmente a ella y totalmente a Jesús por medio de ella” (n. 219), viviendo una total dependencia de María, según el ejemplo dado por el mismo Jesucristo.

Será en el Tratado que Montfort presentará el desarrollo de un verdadero y propio itinerario de fe con María indicando los primeros pasos del camino y después los sucesivos, sugiriendo las prácticas exteriores útiles, explicando las actitudes espirituales que imitan a María, hasta ilustrar la última experiencia que el alma vive en Dios y en María, una vez que ha llegado a la adquisición y al gusto de la Sabiduría. Viene puesta aquí una particular insistencia en la necesidad de la perseverancia. “Esta devoción, si está bien practicada no solamente atrae a Jesucristo, Sabiduría encarnada, en un alma, sino que lo mantiene y conserva hasta la muerte” (n. 220). Es de hecho inútil tanta fatiga para adquirir un tesoro, si después lo perdemos con facilidad. Son demasiados los enemigos que tenemos alrededor, demasiadas nuestras flaquezas; pongamos todo en manos de María, ella es “sabia” y sabrá disponer bien todo a gloria de Dios; es caritativa y